

Graham Greene:

Entre el suicidio y la fe

Ignacio Solares

En su ensayo sobre Mallarmé, el filósofo Jean-Paul Sartre cuenta que el poeta recorría a menudo los puentes de París con la intención de suicidarse y que nunca lo hizo porque en esos momentos se daba cuenta de que todavía tenía una obra en mente o inconclusa. Ignacio Solares comenta el trabajo del gran novelista británico Graham Greene a la luz de lo que podríamos llamar “el mal del siglo XX”: la obsesión por el suicidio y lo que acaso sea su cura: una moderna vuelta de tuerca a la compasión cristiana.

En efecto, vivir importa más que escribir, salvo que el escribir sea un vivir. Un anhelo de permanencia habita en toda escritura que busca la belleza (“por la belleza se va a lo eterno”). Porque si en verdad el hombre es ese animal que quiere durar, el poeta intenta esa duración integrándose a su obra, confundiendo con ella. La conocida paradoja de Unamuno al afirmar que no fue Cervantes el autor del *Quijote*, sino al contrario, don Quijote el creador de Cervantes, contiene, entre las ricas y diversas sugerencias que encierra, una referencia al hecho de que la obra de arte literaria absorbe a su autor, lo asimila y lo incorpora como elemento esencial de su estructura. En este sentido, pudo decir Fernando Pessoa que el poeta, gran fingidor y mentiroso, “llega a fingir que es dolor / el dolor que de veras siente”, transmutando en realidad la ficción. ¿O al revés? Transmutando en ficción la realidad.

Habría que evidenciar de qué manera esos contenidos intelectuales son dados como una vivencia personal

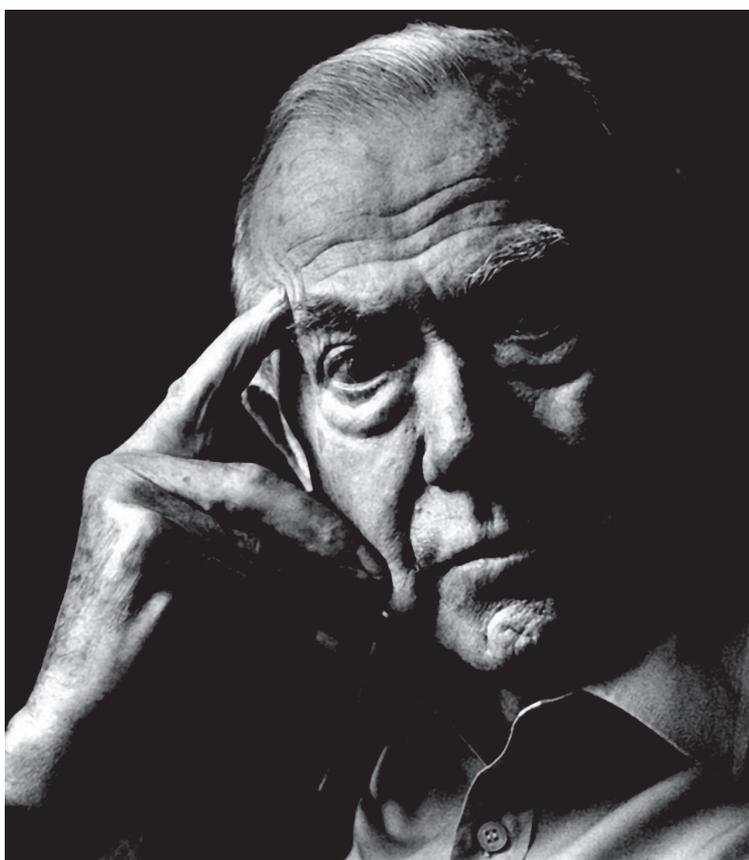
muy concreta, actualizados en el tiempo; pero, por lo demás, un tiempo distinto al de la experiencia real, o mejor, llevado ahora, gracias a la escritura, a un estado cristalino, como los témpanos de hielo en las aguas de un río. Apenas habría que decirlo: la obra literaria consiste en la forma solidificada y transparente de ese cristal: pensamientos y sentimientos organizados dentro de un determinado contexto verbal cuya eficaz belleza los preserva transformados en el ámbito, autónomo y concreto, de la ficción poética. Es lo que Freud llamó “sublimación”, que en química, por ejemplo, podría ser la combinación del cloro y el mercurio, que da lugar a una tercera sustancia, empleada como útil desinfectante. Aplicada la fórmula a la psicología, sería el mecanismo mental por el cual fuerzas instintivas en pugna, quizás autodestructivas, logran, gracias a la actividad artística en este caso (pero bien pueden ser actividades altruistas en cualquiera de sus formas), transformarse en una obra catártica. De ahí que un autor católico (aunque en

la actualidad suena vergonzoso eso de “autor católico” y habría que decir mejor cristiano. Ya sabemos que el gran reto de los católicos es convertirse al cristianismo), un autor creyente como Graham Greene declara, a pesar del sostén aparente de su fe: “Me pregunto cómo logran escapar de la locura, de la melancolía y del pánico, que son estados propios de la condición humana, los que no escriben ni componen música ni pintan”.

Y es que si algún autor contemporáneo ejemplifica ese proceso de sublimación a través de la escritura es Graham Greene, al grado de que, en efecto, nos preguntamos cómo podría haber sobrevivido sin ella a su obsesión manicodepresiva y a sus intentos de suicidio. Es curioso pero con su fe en Dios no parecía tener problema al respecto, ya que creía que “sería perdonado”, como algunos de sus personajes. Nunca pudo suponer —característica muy importante en su obra— el juicio de Dios. Al contrario: Él es todo amor, comprensión y perdón. Como su colega, también cristiano, George Bernanos (¿cómo olvidar el suicidio de la pequeña Mouchette?), podría decir: “Todo es Gracia”.

Su obsesión por el suicidio empezó apenas a los veinte años. Cuenta en *Una especie de vida*:

Recuerdo claramente la tarde en que encontré el revólver en el armario rinconero de abeto pardo del dormitorio que compartía con mi hermano mayor. Era a principios del otoño de 1923. El revólver era un pequeño objeto para dama, con seis cámaras. Como una huevera chiquita, y había al lado una caja de cartón llena de balas. Nun-



Graham Greene

ca hablé a mi hermano del descubrimiento porque, desde el momento en que vi el revólver comprendí qué uso iba a darle... Había leído un libro de Ossendowski que describía cómo los oficiales rusos, condenados a la inacción en el sur de Rusia, al final de la guerra contrarrevolucionaria, acostumbraban inventar juegos para escapar del aburrimiento. Alguien cargaba el revólver con una única bala y hacía girar el tambor al azar. El compañero que perdía en el juego —con cartas, dados o cerillos— se llevaba el revólver a la sien y apretaba el gatillo. Las posibilidades, claro, eran cinco a uno a favor de la vida... Con el peso encima del aburrimiento y la desesperación, no tuve la menor vacilación. Me metí el revólver en el bolsillo y lo único que recuerdo después es que atravesé el ejido de Berkhamsted en dirección a las hayas de Ashridge. Quizá desde antes de abrir el armario rinconero, el aburrimiento había alcanzado una intensidad intolerable. El aburrimiento es tan profundo como el amor, y más resistente. La verdad es que todavía llega a mí con demasiada frecuencia. Giré el tambor largamente. Metí el cañón del revólver en la oreja derecha y apreté el gatillo. Hubo un clic instantáneo y al mirar el tambor descubrí que la carga estaba ahora en posición de fuego. Recuerdo un extraordinario sentimiento de júbilo, como si las luces de un carnaval se hubieran encendido en la sucia y oscura calle. Mi corazón golpeaba en su jaula y la vida contenía un número infinito de posibilidades. Fue como mi primera experiencia sexual... Volví a casa y dejé el revólver en su lugar... Repetí la experiencia un cierto número de veces. A intervalos bastante prolongados encontré cuánto ansiaba la droga de adrenalina y llevé el revólver conmigo cuando regresé a Oxford... Lentamente se desvaneció el efecto de la droga y perdí el sentimiento de júbilo que la culminaba. Empecé a recibir de la experiencia sólo la cruda sacudida de la excitación. Era la diferencia entre el amor y la lujuria.

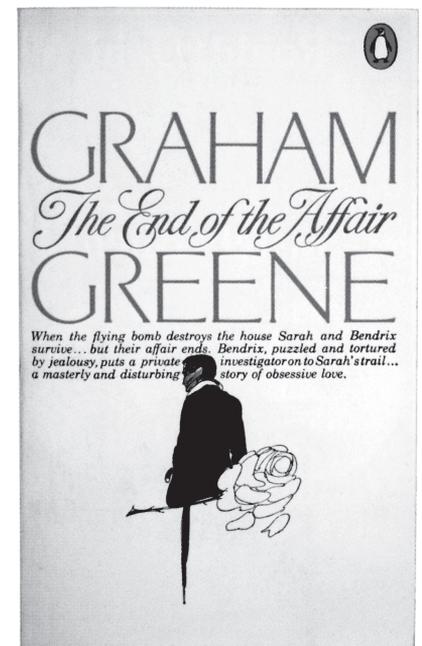
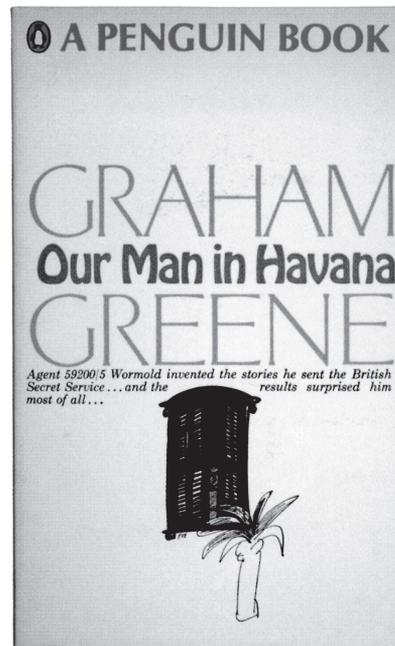
Greene tuvo, a lo largo de su vida, otros intentos de suicidio, pero siempre se detuvo al final. En alguna ocasión tomó una sobredosis de los tranquilizantes que acostumbraba para dormir, pero enseguida corrió al baño a vomitarlos. En la segunda parte de su autobiografía (*Vías de escape*, título sintomático) confiesa que con su conciencia no tenía ningún problema ni culpa. (Nunca creyó en la “misión” del escritor). ¿Qué lo detenía entonces? No lo dice abiertamente, pero no es difícil deducirlo en un escritor con su aliento: todo cuanto tenía por escribir hasta el último momento de su vida, tal como sucedió. Pero, además, a través de la escritura había exorcizado sus demonios y sus obsesiones, al grado de que se tiene la impresión de que algunos de sus personajes se suicidan en vez de él. Un ejemplo admirable se encuentra en una de sus mejores novelas: *El revés de la trama*, que continúa el trágico avatar del angelical

y demoniaco Pinkie en *Brighton Rock*, del cura fugitivo y pecador de *El poder y la gloria* y el Rowe de *El ministerio del miedo*, quien mata a su mujer porque es incapaz de verla sufrir inútilmente por una enfermedad incurable, y en donde leemos esta frase admirable y que tanto dice del concepto de Dios de Greene: “Si conociera la verdad, ¿no se vería uno obligado a compadecer incluso a las plantas? Si se llegara de veras al fondo del problema...”. ¿Cómo podría entonces ese Dios compasivo juzgar mínimamente al ser más débil de su creación, como es el hombre? Henry Scobie, de *El revés de la trama*, oficial de policía en una colonia africana, donde vive con Louise, su esposa, se entrega a la ilegalidad, se hace cómplice de un asesinato, engaña a su esposa, hace comuniones sacrílegas y finalmente se suicida. Libre de toda complacencia ante sí mismo, sin ningún entusiasmo santificante, Scobie sabe sin embargo y desde siempre que su vida está marcada por su dependencia a seres desdichados y sufrientes. El corazón de las cosas es, pues, la miseria, “la desgracia de la creación entera”.

El engranaje de la compasión gira implacablemente: con ocasión de un naufragio, un puñado de sobrevivientes es acogido en la colonia. Helen Rolt, frágil mujer, conmueve al oficial de policía, quien termina volviéndose su amante, creando además una dependencia emocional enfermiza. Louise conoce pronto la infidelidad de su marido y no imagina nada mejor para comprobar la verdad que forzarle a una comunión sacrílega. Scobie, creyente como su autor, acepta hacer sufrir a Dios por su pecado, pero no puede soportar *ver* el sufrimiento de las dos mujeres. “Oh Dios, he preferido hacerte sufrir antes que a ellas porque de tu dolor no soy testigo, no puedo más que imaginarlo”. Abandona la confesión y comulga en pecado.

Scobie se mete en un callejón sin salida: “la compasión en su corazón ardía como un fuego creciente. Jamás podría librarse de ella. Scobie lo sabía por experiencia: toda pasión muere, todo amor se agota, pero la compasión sobrevive a todo”. Scobie es incapaz de separar las aguas del amor y de la piedad. Abandonada a sí misma, sin más horizonte que la trágica realidad terrestre, la compasión puede devorar como un cáncer, como una pesadilla obsesiva. La tentación que acecha es entonces la desesperación. Sólo una persona en el mundo no era objeto de su piedad: él mismo.

Lo que sigue es la repetición, en escala definitiva, de la incompatibilidad personal que disgrega a Scobie. La sospecha de que su amante puede matarse para dejarlo libre, precipita el peldaño que aún le faltaba descender. Un suicidio encubierto en una enfermedad terminal inexistente, destinado a salvar el futuro de Louise y Helen —“no se puede vivir sin los vivos, pero se aprende a vivir sin los muertos”— pone por última vez a Scobie frente a Dios, en una elección final y reiterada:



el pecado irremisible antes que la miseria moral y el dolor de los seres que ama.

Sacó la caja de cigarrillos donde guardaba las diez tabletas de Evipan. Agregó dos más para mayor seguridad. Después tomó un largo trago de whisky y permaneció inmóvil, esperando el momento en que tuviera bastante valor para tomar las tabletas, que parecían semillas en la palma de la mano... Se puso las tabletas en la boca, de dos en dos, y las tragó... Trató de rezar, pero el Avemaría huyó de su memoria. Tenía conciencia de los fuertes latidos de su corazón, como de un reloj que sonara el final de su tiempo. Trató de decir el Acto de Contrición, pero al llegar a las palabras “y me arrepiento de todo corazón”, una nube se formó en la ventana abierta y avanzó hasta ocupar toda la pieza. Ya no podía recordar de qué debía arrepentirse... En alguna parte, lejos, creyó oír un grito de dolor... La nube crecía.

—Una tormenta —dijo en voz alta—. Se aproxima una tormenta.

Scobie trató de incorporarse para ir a cerrar la ventana.

—¡Ali! —llamó—. ¡Ali!

Le parecía que alguien afuera de la habitación lo buscaba, lo llamaba, e hizo un último esfuerzo para indicar que él estaba ahí, que seguía ahí. Se puso de pie y oyó como respuesta el martilleo de su corazón. *Tenía que comunicar un mensaje*, pero las tinieblas y la tormenta lo reducían al ámbito de su pecho. Y todo el tiempo, fuera de la casa, alguien erraba, tratando de entrar, alguien que pedía ayuda, alguien que lo necesitaba...

En la realidad-real (¿pero cuál?) Graham Greene oyó el llamado y lo atendió —“tenía que comunicar un mensaje” — a través de su literatura, la que, como dijo Charles Moeller, parece tocada por la Gracia. ■